



Concha Velasco, caracterizada como Hécuba, en un momento de la representación.  
/ EL MUNDO

Mérida / Festival

## Turbadora Hécuba de Concha Velasco

### 'HÉCUBA'

Autor: Eurípides / Versión: Juan Mayorga / Dirección y escenografía: José Carlos Plaza / Reparto: Concha Velasco, José Pedro Carrión, María Isasi, Juan Gea, Pilar Bayona, Alberto Iglesias y otros / Escenarió: Teatro Romano de Mérida  
Calificación: ★★★★★

Javier Villán / Mérida

La temperatura emocional de *Hécuba* es tan tórrida que, a su lado, los cuarenta grados de noche y a la sombra de Mérida son un oasis incendiado por el rencor y la venganza. Hécuba, esposa de Príamo, madre de Héctor y de París, es una reina reducida a esclava tras la destrucción de Troya: más que una guerra perdida, la degradación de una jerarquía, lo que en términos modernos podría llamarse una primaria lucha de clases.

Juan Carlos Plaza ha enfriado ese infierno a costa de rebajarle a la infortunada heroína gestualidad y énfasis. Un espectáculo grandio-

so, un teatro de la crueldad antes de que lo reinventara Antonín Artaud, que sólo puede verse en un escenario como éste. La clasicidad no es sólo una norma y un estilo, es un ambiente, un ramalazo histórico, una desmesura arquitectónica y un sentimiento intenso, inapreciable quizás en otros ámbitos. Difícil imaginarse esta *Hécuba*, fuera de estas piedras.

La palabra pura y trágica de Eurípides, depurada aún más por la palabra de Juan Mayorga. No hay que engañarse, el arte del adaptador es un arte subalterno pero, en el más universal de nuestros dramaturgos de hoy, tiene algo especial: la fecunda contaminación de una estructura perfecta como es su teatro personal. Después, aquí hay una interpretación, en líneas generales, soberbia, y un movimiento de actores en un espacio escénico inmenso, con un matemático sentido del ritmo y la lírica de la música que entona el coro. Esa sobredimensión, sin una iluminación tan

acertada como la de Toño Camacho, sería más difícil de manejar.

El ritmo verbal sufre bajadas de tensión en algunos momentos y yo creo que se debe a la distorsión de los micrófonos que llevan los actores. En Grecia, en Epidauro, el más perfecto de todos los teatros griegos y ejemplo de los teatros romanos posteriores, para demostrar a los turistas la excelente acústica de un anfiteatro de doce o catorce mil espectadores dejan caer una moneda en el centro de la escena, y su sonido llega con claridad a la última fila del graderío. Así debían de llegar incluso los susurros más bajos de los actores. Por qué en Mérida, aunque no sea Epidauro, se usan micrófonos es algo que no alcanzo a comprender, pero debe de existir una razón.

La mayor parte de los personajes de esta tragedia tiene una psicología lineal, a tenor de lo que nos ha llegado por el mito y por la historia, pero Hécuba, la reina esclavizada, se desdobra en varios fren-

tes. A saber: la dialéctica páfida y peligrosa de Ulises, más peligrosa aún en un José Pedro Carrión que raya la perfección de astucia y de cinismo; la ambigüedad de Agamemón entre la razón de Estado, la autoridad de generalísimo y la poca piedad que le queda (Juan Gea); la ferocidad vengativa de Polimestor, un rotundo y matizado Alberto Iglesias cegado por Hécuba, que le saca, literalmente, los ojos en una fantástica rebelión de las mujeres. Que una ceguera traumática dé a Polimestor el don de la profecía maldita es hartito discutible, pero eso es culpa del texto, no del montaje.

A todo sobrevive la respuesta de Concha Velasco. Lo único que hace temblar su autoridad, como actriz, es la hermosa y heroica sensualidad de Polixena (María Isasi), que acepta como liberación el sacrificio sobre la tumba de Aquiles. Personaje y actriz son incontestables. Para un cuerpo destinado al disfrute de reyes y de héroes, la esclavitud de sierva es peor castigo que la muerte. Ello da lugar a una de las escenas más bellas de la obra, por su plasticidad y por la elipsis

de todo naturalismo: el sacrificio cruel. La degradación a esclavas de reinas y princesas es como una revancha justiciera, propia de Eurípides, en la que manda más lo humano que lo divino. Hécuba transformada en perra aulladora no es castigo de los dioses, es la transustanciación del dolor insufrible.

La escenografía la firma Plaza, aunque algo sin duda han puesto en ella los romanos, que conste.

El arte del adaptador, en nuestro dramaturgo más universal, tiene algo especial

El ritmo verbal se quiebra a veces, creo que se debe a la distorsión de los micrófonos

Ellos ponen la austeridad grandiosa, Plaza la devastación de la guerra, el paisaje de batalla. Difícil imaginarse esta puesta en escena en un teatro convencional.